



Bajo el signo de la Cruz

SAN JERONIMO, monje de Belén, doctor de la Iglesia: he aquí una figura gigante, original; un tipo de recios contrastes. Contemporáneo de San Ambrosio y de San Agustín, forma con ellos el incomparable triunvirato de la Iglesia Católica durante los siglos IV y V, pero difiere de ellos grandemente en sus dones.

Aunque dirige a algunas almas escogidas, no sueña siquiera en ampliar su influjo. Es teólogo, pero no al modo de Agustín: aunque defiende "mordicus" el dogma, no se esfuerza por penetrarlo.

Lo que hace único a San Jerónimo es su inmensa erudición, su genio crítico y exegético, consagrado a un estudio infatigable de la Sagrada Escritura. Tanto, que el mundo sigue aún viviendo de su trabajo: bástenos pensar en la Vulgata.

NUEVO Y VIEJO

Jerónimo es un viajero de raza. Es el precursor de los peregrinos por los parajes bíblicos... Y una vez entrado al desierto, fijado en Belén, emprendió su trabajo... La invasión de los bárbaros en Europa le estremece a distancia; la muerte le iba rodeando de soledad; él seguía escribiendo, investigando. Sólo la muerte detuvo al octogenario viejo y lo relevó de su puesto de combate por la Iglesia.

Esta alma inconmensurable tenía grandes virtudes mezcladas con innegables deficiencias. No hay que pedirle la serena mansedumbre de San Ambrosio. San Jerónimo, alma de controversia, estalla súbitamente en violentas invectivas; parecen brotarle sin esfuerzo las acusaciones más duras contra sus opositores.

En la temática biográfica de San Jerónimo estos rasgos negativos son muchas veces los primeros en aparecer; ha contribuido a este hecho el mismo santo, con la sinceridad explosiva de sus CARTAS innumerables (1). Y sin embargo, el solitario de Belén ha dejado en la Iglesia un recuerdo de santidad indiscutible que perdura ya quince siglos. Este culto se explica y legitima ampliamente, al pensar en sus inmensos trabajos inspirados por el amor de la verdad, en su vida de áspera y auténtica ascesis para domar la carne y mortificar el espíritu (2).

Y es que es una concepción falsa la de identificar santidad con impecabilidad: en el misterioso taller donde los santos trabajan hasta reproducir en sí mismos la imagen de Cristo, hay muchos ensayos infelices y desechables, muchos golpes en falso antes de la obra definitiva.

Los que se asombran y aun se escandalizan de sus rudezas de expresión, de las violencias de su polémica, reflexionen en el ejemplo de su vida consagrada toda a la defensa de la verdad.

Por eso, dejando alguna vez las divulgadas CARTAS de controversia, leamos algunos fragmentos de las otras. Salen también del horno de su fogoso corazón (3), pero nos lo muestran lleno de una infinita ternura por acercarse a Cristo, y vivir para Él y junto a Él, aun físicamente (Belén), su vida de monje.

* * *

(Los primeros años del retiro de S. Jerónimo en Belén fueron de gran dulzura; todo le encanta y le edifica; un temblor de alegre inspiración atraviesa todas las páginas que él escribe o inspira).

“Llegan aquí los más ilustres Galos; el Bretón tan alejado de nuestro mundo, apenas ha hecho algunos progresos en la virtud cuando ya abando-

(1) MIGNE P. L. XXII.

(2) LARGENT, *Saint Jerome*, Lecoffre, Paris 1928: Introduction.

(3) A. PENNA, *San Jerónimo*, Miracle, Barcelona 1952: Introducción.

SAN JERÓNIMO, *Cartas Espirituales*. (Trad. P. G. Prado O. S. B.) Aspas, Madrid S. A.: Guión.

na su sol occidental para lanzarse en busca de un país que sólo conoce a través de la fama y la Escritura... Qué decir de Armenios y Persas, pueblos del Indo y la Etiopía, del mismo Egipto tan fecundo en monjes, del Ponto y la Capadocia, Siria y Mesopotamia... Todos estos países de Oriente nos envían enjambres de monjes; aquí corren, a brindarnos el ejemplo de sus virtudes. Difieren los idiomas pero la religión es la misma. Por cada nación distinta hay un nuevo coro para cantar los salmos. Y en medio de todo esto, ninguna soberbia, nadie se gloria de su continencia; si algo se disputa es el lugar más humilde. No se juzga a nadie, para no ser juzgados por el Señor. No se conoce aquí la maledicencia, tan común entre todos los pueblos que se desgarran los unos a los otros con los dientes. Nada de lujo. Nada de placer.

Todo es sencillez en esta campiña de Cristo; y, excepto al tiempo de cantar los salmos, todo es silencio. Dondequiera que mires, el trabajador, la mano al arado, va diciendo *alleluia*. Cantando salmos, descansa de su fatiga el sudoroso sembrador; y el vendimiador, mientras poda sus viñas, repite las palabras y cantos de David.

Por así decir, éstos son en el país los cantos de amor, las canciones de cuna, las melodías del campesino (Ep. 46).

* * *

(A su paraíso quisiera él atraer a todos sus amigos; con urgentes razones les describe el ideal monástico).

“(El monje) asciende por la escala profética que Jacob vió en sueños; lleva su cruz; no piensa en el mañana; no mira hacia atrás. Siembra en lágrimas para cosechar en alegría... Está solo; o mejor dicho, no está solo porque con él está Cristo; contempla la gloria de Dios, la que sólo en el desierto se les dió contemplar a los apóstoles. No ve allí poblaciones protegidas con torres; pero se hace inscribir en los registros de la Ciudad Eterna y nueva. Vacilan sus miembros bajo el rudo cilicio, pero así armado él subirá más rápido por las nubes al encuentro de Cristo. No ve correr reidoras fuentes, pero bebe en cambio del agua viva que brota del costado del Señor. Las rocas encierran como una prisión su retiro, pero, releyendo las Escrituras él escucha a Dios; conversa con El cuando le dirige sus plegarias...” (Ep. 3).

¿Qué haces hermano en el siglo, siendo mayor que el mundo? ¿Hasta cuándo pesarán sobre tí las sombras de los techos? ¿Hasta cuándo te aprisionará la cárcel de las humeantes ciudades? Créeme: aquí (en el desierto de Calcis) veo yo más luz. Grato es, lanzado el peso del cuerpo, volar al fulgor del puro cielo. Desnudos quiere el yermo. No has de tomar alforja ni bastón. Cumplidamente rico es quien con Cristo es. En cambio el que espera la herencia del siglo no puede ser heredero con Cristo.

¿Temes la pobreza? Pero Cristo llama bienaventurados a los pobres. ¿Te aterra el trabajo? Pero ningún atleta es coronado sin sudor. ¿Piensas en la comida? Pero la fe no teme al hambre. ¿Temes magullar en el suelo los miembros extenuados por los ayunos? Pero el Señor yace contigo. ¿Te horroriza la descuidada cabellera de la escuálida cabeza? Pero tu cabeza es Cristo. ¿Te aterra la infinita vastedad del yermo? Pero tú puedes pasearte con el

pensamiento por el Paraíso. Delicado eres hermano si quieres aquí gozar, y luego reinar con Cristo (Ep. 14).

* * *

Si quieres ser monje y no sólo aparentarlo, cuida no ya de tu hacienda sino de tu alma. Tu modesto vestir sea indicio de tu alma limpia. El comer pobre y parco conviene a la carne y al espíritu. Ten la celda por paraíso. Vence la ira con la paciencia. Ama la ciencia de las Escrituras y no amarás los vicios de la carne.

Sigue desnudo a Cristo desnudo; duro es, grande es y difícil. Pero grandes son los premios. (Ep. 125).

* * *

Vendrá, vendrá el día aquel... Ante el Señor puesto a juzgar mugirá triste el mundo, y las tribus frente unas de otras, golpearán su pecho... Entonces tú, rústico y pobre exultarás y dirás: Ese es el Crucificado y mi Dios; ese es mi Juez, el que vagía en el pesebre envuelto en pañales. Este es el Hijo del Artesano y de la pobre obrera; éste es el que llevado en haldas de su Madre, siendo Dios, huye de un hombre a Egipto. Este es el vestido de púrpura, el coronado de espinas: éste es el mago, el poseso del demonio, el samaritano. Mira, judío, las manos que clavaste; mira, romano, el costado que traspasaste. Oh desierto primaveral con flores de Cristo. ¡Oh soledad en donde nacen aquellas piedras de las que se construye la ciudad del Gran Rey! (Ep. 14).

